

Conflictos de trabajo:

Salario y representación propia

La mayoría de los últimos conflictos entre capital y trabajo han girado en torno del salario y su fijación en determinados momentos de la vida económica.

Este hecho ha llevado a muchos a afirmar que los trabajadores argentinos como los de todo el mundo, sólo se preocupan de obtener mayores sueldos sin preocuparse de un aumento de la productividad, ni tener en cuenta las necesidades del país en estos tiempos de recuperación.

Algunas aclaraciones en torno del concepto del salario pueden dar luz sobre el por qué de la importancia dada por los trabajadores a la fijación del salario.

Pero antes señalemos, que no todos los conflictos laborales de los últimos tiempos nacen de una preocupación por el salario. Varios, por el contrario, han sido mantenidos para obtener un reconocimiento del derecho de los trabajadores a contar con sus propias representaciones y a ser tratados como pares en las discusiones sobre convenios de trabajo. Dejando esto de lado, estudiemos el concepto del salario.

La escuela liberal clásica económica consideró que el trabajo era una mercancía más cuyo monto era fijado, como el de las otras mercaderías, por la ley de la oferta y la demanda. Como en la práctica, la oferta y la demanda estaban en situaciones totalmente distintas para defender sus derechos, el salario resultó siempre inferior a las necesidades de los trabajadores. El empresario estaba en condiciones de soportar una falta de oferta de la mercadería-trabajo; mientras que el obrero-oferta debía elegir entre las condiciones que le presentaba la demanda o encontrarse reducido a una condición de

mendicidad cuando no de muerte. Así de la ley de la oferta y la demanda nacieron innumerables injusticias. Por eso, además, la lucha obrera en todo el siglo pasado se concentró en cambiar las condiciones de la oferta de la mercancía trabajo, formando asociaciones que podían enfrentarse al empresario y mantener a sus asociados durante la baja de la demanda de trabajo.

Los estados totalitarios han resuelto el problema del salario mediante la reglamentación por parte del Estado de todas las tratativas del mundo laboral.

La doctrina social cristiana se basa en la naturaleza del hombre y por eso principalmente insiste en considerar que los hombres, iguales en dignidad ante Dios, "deben serlo también en las relaciones libres o necesarias que los unen".

El mundo de la industria está organizado en empresas. Sobre las empresas de nuestro mundo moderno del trabajo pesa aquella terrible requisitoria de Pío XI: "Contra los planes de la Providencia, el trabajo destinado incluso después del pecado original, al perfeccionamiento material y moral del hombre tiende... a convertirse en instrumento de depravación: la materia inerte sale ennoblecida del taller, mientras que los hombres se corrompen y depravan en él" (Quadragesimo Anno, Acta Apostolicae Sedis, vol. 23, 1931, pp. 221, 222).

Los empresarios católicos son los primeros interesados en resolver esta situación. Pero, para lograrlo, es necesario que se comprenda en primer lugar que la relación capital-trabajo crea una verdadera comunidad de empresa. Esta comunidad se establece moralmente sobre la base de los contratos entre

patronos y empleados. Si se admite la existencia de esta comunidad basada en las relaciones entre seres de igual dignidad ante Dios, se podrá comprender fácilmente la naturaleza que adquiere entonces el salario.

El empleador, el empresario exige de sus trabajadores lo mejor de su tiempo y de sus fuerzas. Existe, pues, en el empresario un verdadero compromiso respecto de sus empleados. "No es tan sólo un trabajador lo que se toma y cuyo trabajo se compra; es un hombre, un miembro de la sociedad humana que viene a colaborar por el bien de esta misma sociedad en la industria de que se trate". Negamos así en la doctrina social cristiana la posibilidad de considerar al trabajo como una mera mercancía quitándole todo su carácter de labor humano, instrumento para cada hombre de perfeccionamiento y colaboración de un ser con destino inmortal a la común labor de la sociedad económica entera.

En ese juego de la empresa el trabajo debe proporcionar a todos los que en ella participan el medio para cumplir cada vez mejor con sus obligaciones morales, personales, familiares y sociales.

Uno de esos medios imprescindibles para el trabajador es su salario que esté de acuerdo con sus necesidades y lo ayude a realizar todas sus posibilidades. Por eso la fijación de un salario no puede partir de principios puramente económicos como lo entendía la escuela liberal, ni tampoco estar al arbitrio del Poder Estatal, ni siquiera ser fijado por una sola de las partes que componen la comunidad del trabajo. Si el salario es uno de esos medios imprescindibles para el trabajador es lógico que considere necesaria su intervención en la fijación del mismo. Y acá está el origen de muchos de los conflictos obreros de los últimos tiempos: los trabajadores han sentido, con razón o sin ella, que se estaba decidiendo de su suerte sin tenerlos en cuenta. La reacción no podía dejar de producirse. Y esto porque nadie, y en primer lugar los trabajadores cristianos que tienen conciencia de su dignidad de hijos de Dios, pueden admitir que se lo siga considerando en la civilización moderna como un menor de edad a quien se convoca para

los juegos pero no se lo tiene en cuenta para las decisiones que afectan su futuro.

Más allá de un mero juego de intereses debe verse en la actual situación inquieta de nuestro medio obrero, un sentimiento de inseguridad y desamparo nacido de la impresión generalizada de que el trabajador argentino no cuenta con apoyo en las filas gubernamentales y que no puede hacer oír su voz a través de sus legítimos representantes. Y esta situación repercute necesariamente en el planteo de una modificación de los salarios. Ese medio imprescindible de vida y de desarrollo social de los trabajadores no puede ser determinado sin su conocimiento.

Al reaccionar de la manera que lo hacen los trabajadores argentinos no desean escapar a sus responsabilidades, ni exigir una parte mayor de la que les corresponde en los beneficios que su trabajo junto con el capital crean. Entienden sí, que no pueden quedar al margen de una evolución de la industria. No deben olvidar esto el Estado y los patronos, especialmente los patronos cristianos.

Como decía Su Santidad Pío XII el 4 de Febrero de 1956: "Los asociados en la comunidad de trabajo tienen que prestarse lealmente un servicio mutuo, y si el interés de los patronos consiste en tratar a sus empleados como hombres, no sabrían contentarse con consideraciones utilitarias: la productividad no es un fin en sí mismo. Cada hombre, por el contrario, representa un valor trascendente y absoluto, pues el autor de la naturaleza humana le ha dado un alma inmortal" (L'Osservatore Romano, Edición semanal en lengua castellana. Buenos Aires, 16 de Febrero de 1956)

Quizás alguno, con la mejor buena voluntad, considere inoportuno en momentos delicados de la vida económicosocial del país, recordar principios de la doctrina social cristiana que pueden ser utilizados por extremistas de cualquier bando con fines de subversión. Pero, nada hay más peligroso para los hombres de Iglesia como aparecer cómplices de una injusticia o callarse cuando se conculcan principios fundamentales de una doctrina que dicen defender y se basan en la dignidad de la persona humana, imagen de Dios.

F. Storni S. I.